

LIBROS

CINCO POETAS

Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Jaime Augusto Shelley, Heraclio Zepeda, Jaime Labastida, *Ocupación de la palabra*, Colección Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, 1965, 272 pp.

Para hablar de *Ocupación de la palabra* hay que tener muy en cuenta que son cinco libros de cinco poetas cuyas rutas, metas y capacidades difieren. Lo único que en realidad los unifica es la publicación conjunta de su obra, y la intención, en grado distinto, de hacer lo que se podría llamar "poesía de protesta".

Ahora bien, protestar en poesía es de las empresas más difíciles del mundo. La protesta es lo que encuentra eco más fácil, ya que todo hombre consciente se adhiere a ella, pero es lo más difícil de convertir en arte. Dentro y fuera de la poesía protestan tantos, tan torpemente... Casi todo el que llega a la adolescencia en este mundo en que la injusticia es un pulpo que prolifera se convierte, durante algunos años, en un grito de protesta. Pero hacer poesía es, o debe ser, dar algo nuevo. Es, efectivamente, decir la verdad, pero la que está debajo, descubrir algo que no se había visto y que al señalarlo el poeta se reconoce y se vive, se le revela al lector. Es importante no perder de vista a la poesía, y no confundir la exclamación con el poema.

A Juan Bañuelos, que encabeza el libro, lo anima una pasión generosa, firme y claramente expresada. En su poesía se distinguen dos corrientes; la que me parece más auténticamente poética, se encuentra en versos como: "y suena una hojalata de llovizna", "el puente es un jinete sobre el agua", "las horas gesticulan cual títeres viejos". En estas líneas, la imagen revela algo que podemos reconocer como cierto, pero aislándolo, dándole

importancia, convirtiéndolo en vivencia que abre una puerta hacia la verdad. La otra corriente de su poesía, que lo acerca más al discurso, se puede aislar en líneas como: "Yo emprendo las tareas del que tiene labios maduros para el grito" "¡Historia, Historia! ¡Más grande que el desastre es la esperanza". Me parece que, algunas veces, los sentimientos que expresa en estas líneas no han pasado suficientemente por la alquimia de la poesía. Juan Bañuelos es un poeta de talento, halado por dos fuerzas diferentes, no necesariamente antagónicas. El día que logre conjugarlas será un gran poeta.

Para Óscar Oliva el mundo es experiencia continua, ininterrumpida, extática. Visionario embebido, propone como solución viable, como única puerta a la vida: vivirla, paso a paso, plenamente. La palabra es su hermana, o su espejo. Trasciende la cotidianidad inocua para llegar a la presencia de lo cotidiano. Se nota, sobre todo en poemas relativamente cortos, la seguridad y el dominio que da la intuición del artifice. En los que llevan como título la primera línea, como "Camisas de algodón..." "Buenos días" "El mar!", "¡El mar!", que parecen haber tomado por sorpresa al mismo autor, se nota una voz nueva, el hallazgo de una manera propia de expresar el mundo. En los poemas más largos también se advierte algo nuevo, pero más elaborado. Anda en busca de una forma distinta para decir algo distinto.

A Jaime Augusto Shelley le interesa, entre otras cosas, la provincia. Su poesía, muchas veces clara y límpida, cae, en otras, en el prosaísmo. Hay muy buenos poemas, pero ha escogido un camino difícil, el tipo de poesía que intenta, camina por una cuerda floja entre la hondura y la banalidad. Se nota con cierta frecuencia la intención de jugar con el idioma, de buscar formas nuevas, pero para encontrar una forma nueva hay que encontrar algo nuevo qué decir. La intención se frustra en versos como éstos: "nos dejaremos llevar los eneros por los agostos viernes."

En Heraclio Zepeda se oye un eco demasiado claro de Octavio Paz. La comparación de la amada con el mar es rica en posibilidades, pero me gustaría un des-

arrollo más sutil y elaborado. Cuando hace una metáfora la persigue en todas sus partes hasta convertirla en acusación. Debería trabajar con mayor libertad.

Jaime Labastida es hondo y pensativo. Su poesía es sincera, aunque todavía muy juvenil. Me gustan muchísimo versos como "Las palabras son ya muy vie-

jas formas de morir, de encerrarnos en cáscaras de ruido por un rato". Me parece que está en un periodo de asimilación y que, cuando llegue al meollo de lo que sus experiencias van a darle, descubrirá la forma adecuada para decirlas, convirtiéndose, quizás, en magnífico poeta.

ISABEL FRAIRE

HELENISMO Y CRISTIANISMO

Werner Jaeger, *Cristianismo primitivo y paideia griega*. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Col. Breviarios, núm. 182. Fondo de Cultura Económica, México, 1965; 149 pp.

Tanto los humanistas cuanto los cristianos, según Jaeger, han estudiado de manera parcial, cuando no dogmática, esos primeros siglos de nuestra era en los que chocan y se integran dos culturas aparentemente heterogéneas: la cristiana y la griega. A los humanistas no les parece lógico que la libertad de espíritu, la vida libre y el culto a la razón de los griegos, puedan ahorrarse dentro de los moldes del pecado original, los misterios y la ascesis del cristianismo. Los cristianos no desean parangonar las finezas de su teología con el burdo paganismo griego. Ambos, según Jaeger, elevan a dogma sus deseos de un helenismo siempre puro o de un cristianismo depurado desde su nacimiento. La verdad es que ni el mundo griego estaba preocupado a la sazón por las finezas dialécticas de Platón o Aristóteles, ni los primitivos cristianos desdeñaron el instrumental teórico griego para defender y propagar su fe. Tampoco cabe admitir que lo cristiano se helenizó superficialmente, y como por compromiso, ni, por el contrario, que lo griego se barnizó de cristianismo. Jaeger cree que la integración grecocristiana obedece a profundas carencias, tanto del helenismo reinante cuanto del cristianismo naciente, carencias por otra parte recíprocas y complementarias, de tal suerte que la integración de ambas culturas fue lo único (y tal vez lo mejor) que pudo suceder. El cristianismo encontró en lo griego un instrumento universalmente válido para sostener su fe; lo griego halló en el cristianismo la única vía posible para sobrevivir hasta nuestros días. Tal es la tesis central que Jaeger intenta demostrar en este libro, que comprende siete breves capítulos (producto de conferencias del autor) y una cantidad casi igual de texto en notas al pie de página.

La tesis de Jaeger corre a lo largo de los siguientes temas: los cristianos no pueden menos que adoptar el idioma y las formas literarias griegas, "hechos", "vidas", "epístolas", "diálogos" y "colecciones de aforismos" así

lo prueban; San Clemente romano, cuando llama al orden a los corintios, usa ejemplos y técnicas de convencimiento comunes entre los griegos, como sus referencias a un orden cósmico que debe reflejarse en el humano, que lo conducen finalmente a pensar que así como hay una *paideia* griega la hay también cristiana; los "apolo-gistas" se valen casi exclusivamente de la filosofía griega y



declaran que el cristianismo es el remate y cúspide de toda la historia filosófica, esto es, la filosofía absoluta; el resurgimiento de Platón se debe, en parte, a la boga del "divino Platón", o sea, el del Platón místico más que el epistemólogo o el teórico del estado; en Clemente de Alejandría la *paideia* griega pasa a ser la *propaideia*, la verdadera no es otra que la *paideia* cristiana; Orígenes abraza la tesis platónica que identifica la verdad, la belleza, el ser y el bien, para defender la creación bíblica; en fin, los padres capadocios intentan, y lo logran según Jaeger, crear una literatura cristiana que supere en calidad y vigor a la de los contemporáneos paganos, usando, desde luego, moldes griegos. El libro concluye recomendando el problema a los estudiosos y haciendo notar que en virtud de la simbiosis ya dicha se salvaron para nosotros la literatura y la cultura griegas.

ARTURO CANTÚ

